

CINCO FABULAS SHIPIBO *

Pierrette Bertrand-Rousseau

- 1.—El motelo y el tigre
- 2.—El motelo y el venado
- 3.—El motelo y el zorro
- 4.—El motelo y el yanapuma
- 5.—El motelo y el tapir

textos recogidos, transcritos y corregidos con la colaboración de Guillermo y Mauricio Ramírez, Julio Varias Carbone, Alejandro Ortiz Rescaniere. Trabajo de campo: Año 1976.

EL MOTELO Y EL TIGRE

El motelo andaba por la selva. Llegó a un pueblo desconocido.

- ¿Pueden prestarme una canoa? -suplicó-. Me siento cansado y necesito cruzar el lago.

- Tenemos una sola canoa; no podemos prestártela -respondieron los hombres.

La tortuga no se conformó. Buscó la manera de robar la canoa a los hombres. Lo consiguió. Velozmente se alejó. Llegó al inmenso lago. Por la parte más angosta lo cruzó. Encontró otro pueblo.

- El tigre, al que una vez engañaste, te anda buscando. Ten cuidado -advirtió la gente.

El motelo sintió miedo. Tornó al monte. Después de un largo caminar tuvo sed. Fue a un riachuelo donde todos los animales acudían. Por eso el felino por ahí rondaba en busca de su comida.

La tortuga buscó la manera de beber sin correr peligro. No encontró el modo de hacerlo; regresó. Por el camino, en el hueco de un árbol caído, encontró miel. Sació su hambre pero sintió más sed. Fue cuando se le ocurrió una idea: se untó el cuerpo con miel echándose paja encima. Parecía el motelo un espantapájaros.

- Ahora sí podré apagar mi sed -sonrió.

Llegó a la quebrada; aguzó la vista: el felino estaba echado. Se acercó:

- Oh tigre, el más fiero de los animales, ¿me permites tomar agua? -dijo zalamero.

- Mmmm... ¡Sí...! ¡Anda! -contestó desconcertado el enorme animal.

La tortuga bebió hasta saciarse; el de las garras de acero lo miraba, lo miraba... No pudo contener la curiosidad; se acercó:

- ¿Qué clase de animal eres? -preguntó extrañado.

- Soy un hombre, un hombre-paja.

- ¿Qué hombre más raro! -comentó el tigre.

El motelo rápido se alejó. Se paró a la entrada de un hueco. Desde allí le habló quitándose la paja:

- ¿No me reconoces?

El tigre se enfureció por la trampa. Rugiente saltó hacia el motelo. Este se escondió en el hueco.

El felino daba vueltas alrededor. Miraba. Volvía a rondar. Todo en vano. La tortuga no salía. Cansado de esperar se fue.

Asomó la cabeza el motelo: el tigre se había marchado.
Se alejó satisfecho del engaño.

EL MOTELO Y EL VENADO

Un motelo encontró a un venado dormido.

-Venado -le dijo-, ¿cómo es posible que estés durmiendo, o es que te encuentras débil? ¿Es verdad que eres muy veloz?

-Motelo, en nada te pareces a mí -respondió el venado-.

Soy el veloz de siempre.

-Bien, si así es, te reto a una carrera. ¡Correremos en el camino!

-Acepto -contestó el venado.

El motelo se fue. Llamó a su parentela. La reunió. Indicó que cada uno se colocara a cierta distancia del otro; así por todo el camino. Después llamó al venado. Este acudió presuroso y confiado.

-¡Listos! -exclamó el motelo ¡Iniciemos la carrera!

El venado, ignorando el ardid, se ufanó de su velocidad: partió raudo.

-Motelo, ¿dónde estás?

Un motelo apostado más adelante respondió con un grito.

El cérvido partió a gran velocidad. A cierta distancia volvió a llamar:

-Motelo, ¿dónde estás?

Otro motelo le respondió.

Volvió a correr el venado; pero ya estaba agotado. Le faltaba el aliento. No podía más; sin embargo insistió. El esfuerzo lo mató.

El motelo se acercó despacio. El venado estaba muerto.

Poco tiempo después el venado se pudrió. Fue comido por los motelos.

El motelo partió victorioso.

EL MOTELO Y EL ZORRO

El zorro encontró a la tortuga.

-¿Eres tú, motelo? -preguntó.

-Sí zorro, yo soy el motelo -contestó sonriente.

-¿Es verdad que tú puedes soportar la sed -preguntó malicioso el zorro.

-Sí, es verdad.

-Si lo que dices es cierto, ¿entonces podrías permanecer enterrado hasta que maduren los ubos?

-¡Por supuesto! -contestó el motelo-. ¡Entiérrame para que lo compruebes!

El zorro cavó afanosamente un hueco; introdujo al motelo y lo tapó.

-Cuando estén maduros lós ubos te voy a sacar dijo el astuto animal; miró el hueco y se fue.

Al día siguiente el raposo llamó.

-¡Motelo!

-¿Qué?

El zorro se quedó pensando: "Pero si está enterrado, ¿cómo es que no se ha muerto?". Intrigado volvió a llamar:

-¡Motelo!

-¿Qué?

"Es verdad que no se ha muerto", penso el rey de la astucia.

De nuevo escuchó la voz de la tortuga:

-¿Todavía no están maduros los ubos?

-Falta poco, falta poco; cuando estén por madurar te prevengo.

La fruta no tardó en estar a punto. De inmediato el orejudo animal recogió lo que pudo y se fue a ver al motelo.

-¡Amigo! -llamó-. Los ubos están maduros; te voy a liberar.

El galápagó salió. Vió la fruta madura y empezó a comer vorazmente; terminó todo.

-Muchas gracias zorro por la cortesía. Te daré tu recompensa: aquí tienes unos pollitos.

Ahora es tu turno. Yo estuve bastante tiempo enterrado, ¿tú estarás hasta que la gallina vuelva a tener pollitos?

-¡No es mucho tiempo! -contestó el trompudo animal.

Luego la tortuga lo enterró. Se quedó un rato a espiar por si el

astuto zorro quisiera salir.

Al día siguiente fue a verlo:

- ¡Zorro!

- ¡Quéee...! -contestó fingiéndose dormido-. ¿Todavía no pone huevos la gallinaaa...? Yo creo que ya debe estar ovandooo...

“¿Cómo, se preguntó el motelo, todavía no se ha muerto el zorro. Ahora me voy a esconder para espiarlo”. Se escondió entre la maleza. Desde allí lo vigiló.

Atardecía. De pronto el raposo asomó la cabeza mirando para todo lado. Salió corriendo en busca de alimentos. Encontró guayabas; comió hasta saciarse. Regresó lo más veloz que pudo; se metió en el hueco y se tapó.

El motelo indignado pensó:

“¡Ajá! ¡Así que el zorro es un tramposo! ¡Ahora va a ver!”.

Cubrió el hueco de tal manera que el trompudo animal, por más que quisiera, no podría salir.

Por la mañana regresó:

- ¡Zorro!

- ¡Qué?

- ¿Vives todavía? -preguntó el motelo.

- Vivo todavía.

- ¿Tal vez tú comes un poco?

- ¡Yo no como! -contestó el raposo-. Más bien dime si ya nacieron los pollitos.

- Sí -dijo el motelo-, pero aún están chiquitos. Cuando hayan crecido un poco te voy a sacar.

Enseguida revisó el hueco; comprobó que estaba seguro; se marchó.

Regresó al día siguiente:

- ¡Zorro!

- ¡Quéee...! -apenas pudo contestar el cautivo.

- ¡Caramba! ¡Todavía no te mueres!

- ¡Nooo... estoyyy... muertooo...! -dijo con voz desfalleciente el zorro.

Por la tarde la tortuga lo llamó de nuevo:

- ¡Zorro!

- Yooo...

- ¿Vives todavía? -no escuchó respuesta.

-¡Caramba! Se murió.

Destapó el hueco y vió al zorro yerto: había muerto.

EL MOTELO Y EL YANAPUMA

El motelo andaba por el monte. Cierta vez, encontró al yanapuma, dormido.

-¿Por qué duermes, puma negro? Eres grande pero inútil.

-¿Qué te pasa motelo, dime? -rugió el felino sorprendido.

La tortuga lo miró con aire socarrón:

-Dicen que eres muy fuerte, ¿verdad? Entonces hagamos una competencia: jalarnos con una sogá; pero dentro del agua. ¿Qué te parece?

-Muy bien -aceptó el yanapuma, jactancioso.

De inmediato el motelo fue a traer una sogá. Al regresar buscó a la madre delfín. Le dijo una mentira:

-Voy a engañar a un hombre. Por eso vengo a pedirte ayuda.

Como el delfín odiaba al hombre., aceptó. Entonce el motelo la ató por la cintura. Después llamó al yanapuma.

-Bien, amárrate el pie. Luego empezaremos a jalarnos^s -propuso el motelo.

-Está bien -gruñó el puma negro.

La tortuga nadó hacia el otro extremo de la sogá, donde estaba atada la madre delfín.

-¡Ya! ¡Jala la sogá! -le gritó al puma.

Empezó la contienda: de un extremo, el yanapuma jalaba con todas sus fuerzas; del otro, no era el motelo, sino la Madre de todos los delfines.

El motelo reía. Al asomar la cabecita debajo de un palo, vió el inútil esfuerzo del yanapuma.

Entre tanto el yanapuma pensó: "¡Qué tal fuerza la del motelo!".

Agotado se dió por vencido. Fue al encuentro del motelo. Este tan rápido como pudo desató, a la delfín y se amarró el pie.

El yanapuma al contemplarlo, exclamó: "¡Es verdad me ganaste!". Y conversaron:

-¿Tan fuerte eres motelo?

-¡Soy poderoso! Así que huye, huye, huye -contestó el motelo amenazador.

El yanapuma, humillado por la derrota, marchó veloz. Huyó.

EL MOTELO Y EL TAPIR

El motelo encontró a una danta vieja:

“Toj”, le dio una patada en la barriga.

-¿Tan grande y durmiendo? ¿O estás débil, danta?

-¿Por qué me despiertas, motelo? -dijo airado el tapir.

-¿Es verdad, danta, que tú eres una gran coceadora?

-preguntó desafiante la tortuga.

-Sí, es verdad -contestó arrogante el tapir.

-Tal vez sea cierto lo que dices. Pero, ¿qué te parece si lo comprobamos?

-Si lo dudas, a la prueba me someto -contestó el tapir, herido en su amor propio.

-Bien. Me enterraré en medio del camino y así demostrarás la fuerza de tus coces, ja, ja, ja -rió con sorna.

-Ten cuidado que de una patada puedo destrozarte -advirtió el tapir.

-No te preocupes; me cubriré bien.

Enseguida la tortuga hizo un hueco y en lugar de enterrarse metió una piedra.

Después llamó al tapir:

-¡Estoy listo!

La danta tomó distancia: “Chooooorr”, se escuchó al correr el cervido. Paró; miró el pequeño montículo; emprendió veloz carrera, dispuesto a mostrar el poder de sus coces.

“Paf”, sonó el golpe, hiriendo el aire.

Cayó el rumiante profiriendo lastimeros gritos: “Ay, ay, ay...”.

-Por tu culpa me he quebrado el pie, motelo -dijo quejándose el tapir.

Rió la tortuga burladora.

-¿Cómo dijiste que me podías destrozarme? ¡Mírame, estoy entero; no tengo nada!

El motelo se fue, con su lento andar, por el monte en busca de